

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Viaje a la soledad

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

La cita del pórtico de *Fernando*, la primera novela de la escritora catalana Eva Baltasar, da una pista de hacia dónde apunta su narrativa. Pertenece a Thomas Bernhard y dice: "Nacer es una desgracia, decía, y mientras vivimos perpetuamos esa desgracia". No tiene aquella novela, ni tampoco *Boulder*, segundo volumen de una trilogía, esa carga de punzante y negativo trascendentalismo que caracteriza la literatura del austriaco. Pero algo de ello hay. En *Boulder* hay dos viajes hechos por la misma protagonista. Uno externo, primero al sur de Chile y después a Islandia. El interior es hacia la búsqueda del estado perfecto de la soledad. La protagonista ha aceptado que la conozcamos con el nombre de Boulder, que es como la bautiza su pareja sentimental, Samsa. Después de 10 años de convivencia, Samsa quiere tener un hijo. Deciden ambas, más Samsa que Boulder, recurrir a la concepción de laboratorio. De allí nacerá una niña. Un tiempo más tarde, Boulder se embarca como pinche de cocina. Verá a su hija según lo acordado legalmente. En medio habrá alguna transgresión a la difícil fidelidad, sin mayores costes que la sensación de vacío posterior. En ambas novelas, Baltasar crea un espacio físico e imagen y semejanza de sus protagonistas. Mujeres que defienden no tanto la libertad de su cuerpo como la libertad, con todos los riesgos morales, del cuerpo femenino. En *Boulder* hay una referencia a Kierkegaard. El filósofo estuvo a punto de casarse, pero desistió porque esa mujer hubiera hecho de él el hombre más feliz del mundo.

Y parece que no estaba preparada. Las mujeres de Baltasar tampoco están programadas para la felicidad de manual. Su lucidez les hace ser conscientes de que lo único real del sexo son los cuerpos. El resto es espejismo. La muerte discernió, el cuerpo desea. Antes de ser novelista, Baltasar es poeta. Y esto se nota. En *Boulder* la escritura es una operación antes lírica que narrativa. Pero la historia está. Duele y nos hace sonreír. En medio de la seda, cada tanto un vulgarismo exacto e irremplazable. Uno de los nombres importantes de la narrativa catalana de hoy.

Boulder

Eva Baltasar

Traducción: Nicole d'Amorville Alegria
Literatura Random House, 2020
128 páginas, 16,90 euros
Club Editor 1959 (en catalán)
160 páginas, 16,95 euros



La canadiense Mavis Gallant, en Francia en 1998. LOUIS MONER (GAMMA RAPHO) / GETTY IMAGES

NARRATIVA

Naturalidad que desarma

Mavis Gallant mira el mundo con una agudeza notable a través de la infancia y juventud de su personaje Linnet Muir

POR JOSÉ MARÍA GUELBENZU

La reputación de Mavis Gallant como cuentista no sólo viene avalada por sus antecesoras y compatriotas Margaret Atwood o Alice Munro, sino por un prestigio que la sitúa entre las más importantes narradoras del pasado siglo. Los lectores españoles conocen su notable valía gracias a la edición de sus *Cuentos* por la editorial Lumen. Ahora se publica esta colección de relatos centrados en el personaje de Linnet, que afortunadamente no estaban incluidos en la edición de Lumen, por lo que constituyen una novedad, en castellano. Linnet Muir es un personaje que, al parecer, se corresponde con la propia Gallant, por lo que son relatos muy personales, pero, contra lo que está constituyendo ahora el género llamado autoficción, Gallant no habla de sí misma como personaje, crea a Linnet Muir no para disimularse tras ella, sino para utilizarla como referente por lo que, al ser un referente, establece la distancia necesaria para contemplar su propia creación, todo lo contrario de los autoficcionistas, que se constituyen ellos mismos en personaje y se dedican a disfrutarlo de manera más o menos autosatisfecha o autodramatizada.

El encanto del estilo en estos textos que hablan de la infancia y la juventud de Linnet Muir es el aire de relato espontáneo que se desprende de las escenas y las historias que arma y de una reflexión innata a la voz que habla, nada pretenciosa. La gracia de la palabra da sentido al relato apoyada en una excepcional penetración para ahondar en el asunto de que se trate, hasta el punto de parecer que está charlando con el lector, siempre con observaciones agudas y atinadas, siempre sugerentes.

El relato titulado "El doctor" presenta una relación excepcional entre sus

pensamientos y los momentos representados de la vida de los adultos que rodean a Linnet, expuestos con un tono que tiene algo de ensayística (pensamientos críticos sobre la realidad en que se encuentra, bien por lo que oye, bien por lo que ve), reforzado por una agudeza notable para seleccionar escenas a modo de dibujos a mano alzada que se entrelazan para constituir un mundo a través de la mirada de Linnet niña, sumamente perspicaz, que cuenta y no analiza, aunque tras ella hay una intención evidente.

El modo de expresión es de una naturalidad que desarma. Valga un ejemplo de esa naturalidad que llamo charla-con-el-lector y que es una lección de estilo: "Sal a jugar a la nieve era una interrupción frecuente. Los padres en climas glaciales tienen la idea fija de empujar a sus hijos afuera a que se congelen. Había una hora sumergida en las tardes de enero, justo antes de que se encendieran las lámparas de la calle, que tenía el gris de la desdicha verdadera, como si el corazón y el estómago se hubieran vuelto de la misma sustancia seca y afeada del cielo; estaba asociada a un sentimiento de pérdida, de tristeza desamparada, desconocida para los niños de otras latitudes". En "Con uve mayúscula", un relato sobre Linnet como periodista debutante, se manifiesta el sentido del humor de la autora con una crítica acerada al oficio.

En todo el libro prima la gracia espontánea del habla dentro de un relato sentido y pensado que fluye como una crónica de infancia y juventud donde la naturalidad se expresa con seductora inteligencia. Sin ser piezas de ambición convence como relatos de la vida que revelan el siempre inquietante fondo de la condición humana.

Los cuentos de Linnet Muir

Mavis Gallant. Traducción de Inés Garland
Eterna Cadencia, 2020
152 páginas, 15,50 euros

NARRATIVA

Una escritura atemporal e insólita

POR CARLOS PARDO

Desde el *afinador de habitaciones* (2010), Celso Castro (A Coruña, 1962) viene trabajando en un ciclo narrativo que ha definido como "relatos del yo". Libros como *entre culebras y extraños* (2015), *Sylvia* (2017) o este *las brujas*, siempre títulos con minúscula para hacer más evidente la continuidad del discurso, repiten una misma fórmula: la invención de un personaje-narrador, una voz modulada entre la pulsión adolescente, con sus puntuales fogonazos de lucidez, y cierto aire de subseulo dostoiévskiano, con esa retorcida demanda de amor.

Estas "confesiones" dirigidas a un interlocutor fantasma prescinden de lo que estorbe a la empatía del lector: los narradores carecen de nombre, de máscaras protectoras, y hurgan con precisión (y puntual humor) en cada recoveco anímico. Castro también simplifica la puntuación y hace desaparecer las mayúsculas para alcanzar un ritmo fluido, prodigioso en la gradación de tramas y de unos pocos temas recurrentes: los sinuosos caminos del deseo, la frialdad de los lazos familiares, el amor como mistificación y gratuidad, el resentimiento... Por último, estas novelas, siempre de corta extensión, transcurren en una Galicia tan contemporánea como ensañada, filtrada por el apetito trágico de unos personajes encapulados en su yo.

No quiero dar la impresión de que Castro es un escritor difícil de leer. Tiene la cualidad de condensar y simplificar lo complejo gracias a un tono leve y seductor, intenso siempre pero con aire. Tampoco la insistencia en su fórmula se percibe como repetición, sino como autenticidad.

El narrador de *las brujas* vive bloqueado entre dos mundos. Desde su nacimiento, fue rechazado por su madre y maltratado por su hermano mayor; comió "con ese desprecio". Además, su nodriza fue una bruja y mantiene una relación ambivalente y salvífica con Lorena, su hermana de leche. La clave de ambos mundos, el bloque, es la maduración de una culpa. Primero, la culpa como aversión íntima por el rechazo familiar, pero también como el último resquicio de orden en una realidad que carece de sentido. Porque *las brujas* es, a la vez, una intensísima historia de amor, de la unión casi filial de los amantes, y un relato de terror, de los fantasmas que nos conforman. Por eso los elementos "esotéricos" de *las brujas* juegan a favor de la trama, la carga de un aire mítico. Por ejemplo, en la captación sutil del paso de la niñez, de su unitario mundo encantado, a una conciencia adulta donde el vivir se vuelve absurdo. También en el curioso desarrollo de la idea de mal como dimensión social, atenuada, de la culpa (como en los pecadores de Dostoiévski). Y, por supuesto, en la evidencia de que toda historia de amor tiene algo de supersticioso...

Hay algo arquetípico en la escritura de Celso Castro, en esas voces que hablan desde un lugar que, de tan íntimo, se va despersonalizado y nos pertenece a todos. En una novela como *las brujas*, con una cuidada dimensión "sobrenatural", uno estaría tentado de llamarlo "método psicofónico"; aunque sería más atinado comparar la escritura de Castro con aquellos famosos retratos (o pasaportes por el más allá) sobre las momias de Al Fayum: una maravillosa combinación de naturalidad y trascendencia, de relieve de vida. Por eso Castro nunca es repetitivo. Y uno no se imagina mayor gozo que leer sus libros, uno tras otro.

Las brujas

Celso Castro

Destino, 2020

192 páginas, 18 euros

